

La lejana retaguardía: impacto y huella de la guerra civil española en Hispanoamérica. Conversación con Niall Binns

The Distant Rearguard: Impact and Repercussion of the Spanish Civil War in Spanish America. Conversation with Niall Binns

Jesús Cano Reyes. Universidad Complutense de Madrid. jesuscanoreyes@ucm.es

Submission Date: 15/11/2016 Acceptance Date: 17/11/2016 Publication Date: 15/12/2016

PALABRAS CLAVE:

Guerra Civil Española, Hispanoamérica, Impacto, Niall Binns, Intelectuales, Congreso de Escritores Antifascistas

KEYWORDS:

Spanish Civil War, Latin America, Impact, Niall Binns, Intellectuals, Congress of Antifascist Writers

Niall Binns me recibe en su casa de Madrid para dialogar sobre la literatura de la guerra. No estamos solos: los persas Óliver y Odile (el macho blanco y la hembra ceniza) discurren libremente por el salón, trepan y saltan a los sofás y acompañan el diálogo, interesándose por las tazas y los papeles, por los libros innumerables. Es una tarde de febrero y anochecerá pronto, pero conversando apenas nos daremos cuenta de la progresiva invasión de la penumbra. Binns habla con una pasión serena, un entusiasmo apacible y contagioso que va trasladándose a los distintos temas. Detrás de él, enmarcada en la pared, pende una de las famosas bandejas de cartón dibujadas por Nicanor Parra: el corazón con ojos y extremidades, los trazos que testimonian una amistad.

Junto a su línea de investigación sobre la poesía chilena, Niall Binns, profesor titular de Literatura

Hispanoamericana en la Universidad Complutense de Madrid y poeta, lleva años estudiando la literatura de la Guerra Civil Española. Entre sus numerosas publicaciones al respecto, cabe destacar dos libros fundamentales y apasionantes: *La llamada de España* (2004) y *Voluntarios con gafas* (2009). Además, desde 2007 dirige el proyecto de investigación “El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica” –sucesivamente renovado desde entonces–, que tiene como resultado más tangible el surgimiento de una colección de libros en la editorial Calambur, donde cada volumen se dedica a estudiar las huellas de la guerra en el campo cultural de un país hispanoamericano y a ofrecer una muestra de textos. El propio Binns ha escrito los libros de Ecuador (2012), Argentina (2012), Cuba (2015, elaborado a seis manos con las de Ana Casado Fernández y las mías) y Uruguay (2016).

Jesús Cano Reyes:

Has acuñado el término de los escritores de la “Lejana Retaguardia” para referirte a los intelectuales que de un modo u otro toman partido en la Guerra Civil Española desde sus respectivos países. Sucede en Francia, sucede en Estados Unidos y sucede también en Hispanoamérica, donde la guerra de España se vive y se siente como si se tratara en buena medida de un conflicto doméstico. Aunque desde la distancia, los debates y los posicionamientos resultan tan apasionados que la contienda parece un asunto propio. ¿Cómo es posible que la guerra se viva con esta intensidad?

Niall Binns:

Claro, es algo que va más allá de América Latina. Yo llegué a la Guerra Civil leyendo a los británicos que estuvieron en España, a Orwell y Stephen Spender y John Cornford, que sintieron la necesidad de venir a ver lo que estaba pasando, a escribir sobre la guerra y que en algunos casos llegaron a luchar; y leyendo también a los que estaban escribiendo sus poemas desde el Reino Unido. Hay un libro de Penguin que para mí resultó fundacional: *The Penguin Book of Spanish Civil War Verse*. Años después, ya como hispanoamericanista, llegué a la guerra por otro lado. Hemos leído a Pablo Neruda, hemos leído a César Vallejo, hemos leído posiblemente a Nicolás Guillén o Alejo Carpentier, pero encontré que había mucho más. Mi descubrimiento inicial fue toparme con un libro de Demetrio Aguilera Malta y descubrir la historia fascinante de este hombre que había venido a España becado para estudiar en la Universidad de Salamanca –supuestamente con Miguel de Unamuno, aunque eso puede ser un invento *a posteriori*–, y había publicado una novela a finales de 1936: *¡Madrid! Reportaje novelado de una retaguardia heroica*. Con esa novela y una obra de teatro suya fui a Ecuador y me puse a buscar en la prensa de la época las huellas de su presencia

en España. Quería saber más de Aguilera Malta y encontré alguna cosa, pero lo que encontré, sobre todo, fue que casi todas las figuras importantes de la intelectualidad del Ecuador –no sólo los escritores, los poetas y los periodistas, sino también los artistas plásticos– vivían con una intensidad extraordinaria todo lo que estaba sucediendo en España. Y cada uno pensaba la guerra de España a través de las propias circunstancias de la política ecuatoriana.

JCR: En el proyecto de investigación que diriges sobre este tema se ha demostrado que esto ocurre no solamente en Ecuador, sino en toda América Latina. En cada país se reproduce la guerra de la otra orilla: durante los primeros meses las portadas de diarios y revistas se ocupan exclusivamente de España, las tribunas de los periódicos se convierten en parapetos desde los que los intelectuales se disparan unos a otros, las imprentas sacan a la luz numerosos libros para surtir a sus lectores. Como has dicho, la contienda española se lee en clave local. Hay en América una suerte de avidez de España...

NB: Hemos comprobado conversando con la gente sus ideas preconcebidas: en México seguro que les interesó mucho la guerra, nos dicen; a lo mejor, también, en Argentina o en Cuba..., pero ese impacto fulminante en todos los demás países hispanoamericanos es algo insospechado. En Cuba nos decían: “Seguramente aquí hubo más impacto que en otros países”, pero decían lo mismo en Argentina, y lo mismo en Uruguay. En realidad, hemos encontrado un mismo fervor en Chile y en Ecuador, en Colombia y en Costa Rica, en Perú y en Panamá... Y hemos hablando con gente mayor que recuerda cómo la guerra afectó su infancia, cómo los profesores hablaban de ella en clase; y a gente más joven que cuenta cómo sus padres la comentaban en casa.

JCR: En cada país se siente la guerra como algo íntimo, como si fueran ellos quienes la vivieron con mayor intensidad. Pero, ¿cómo se reparten

los apoyos entre los republicanos y los nacionales? Parece haber una diferencia entre la afinidad de los gobiernos, partidarios de Franco (sólo el gobierno de Lázaro Cárdenas en México apoya efectivamente a la República; Cuba en los últimos meses con Fulgencio Batista; y Chile al final de la guerra con la victoria de su propio Frente Popular)...

NB: También Colombia con el gobierno de Alfonso López Pumarejo, de manera más discreta que México y sin vender armas, apoyó a la República

JCR: ... y la identificación de buena parte de los intelectuales –al menos entre los más renombrados, aquellos cuya voz es más escuchada– con la defensa de la República. ¿Se podría pensar en estos términos o es una simplificación, una impresión falaz?

NB: En España se reproduce el tópico de que todos los intelectuales estaban a favor de la República, pero si rascas la superficie te das cuenta de que hubo una gran cantidad de escritores importantes al lado de Franco. Algunos de manera evidente y otros de manera más discreta, como Dámaso Alonso o Gerardo Diego. Y están Miguel de Unamuno y sus compañeros de generación: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Azorín, Pío Baroja, etc., con sus dudas y su no saber adónde ir. Mientras tanto, en casi todos los países de Hispanoamérica los intelectuales de verdad estaban con la República. Las excepciones son pocas. Podemos pensar en algunos escritores mayores: por ejemplo, Guillermo Valencia en Colombia, uno de los grandes modernistas del fin de siglo, un viejo aristócrata... un “Júpiter feudal”, como lo llamaban en la prensa. O se puede pensar en otro modernista, el novelista uruguayo Carlos Reyles. O incluso en algún escritor vinculado a las vanguardias, como Fernán Silva Valdés en Uruguay. Pero la gran

mayoría estaban con la República. Además, si uno busca una figura del estilo de Ortega y Gasset, ese intelectual que hacía todo lo posible para evitar tomar partido, encuentra muy pocos... Borges, por ejemplo, que firmó algún manifiesto al comienzo –incluso un manifiesto en protesta por el asesinato de Lorca–, pero poco más.

JCR: Apenas hay textos de Borges sobre la guerra...

NB: No, solamente alguna crítica a la hipérbole ideológica de los escritores que hablaban de la guerra. También se puede pensar en un Oliverio Girondo. Victoria Ocampo lo intentó –no comprometerse ante el conflicto–, pero terminó posicionándose a favor de la República. Pero sí existe una excepción notable en ese bloque de intelectuales hispanoamericanos que miraban hacia la izquierda en la década de los treinta: Nicaragua. Los poetas de la Granada nicaragüense, bajo el magisterio de José Coronel Urtecho, se situaron en la derecha extrema. Es el caso de Pablo Antonio Cuadra, que viene a España al final de la guerra y publica en ediciones de la Falange. Y también es el caso de Joaquín Pasos y del poeta y sacerdote Azarías H. Pallais.

JCR: Pablo Neruda escribió en sus memorias que “no ha habido en la historia intelectual una esencia tan fértil para los poetas como la guerra española. La sangre española ejerció un magnetismo que hizo temblar la poesía de una gran época”. Y quizá sea así, pues más allá de los tópicos atemporales de la literatura (el amor y la muerte), no hay un acontecimiento que conmueva de manera semejante a tantos escritores.

NB: Yo creo que tiene toda la razón. En el Congreso de Escritores Antifascistas están dos futuros premios Nobel (el propio Pablo Neruda y Octavio Paz) y los dos grandes fundadores de

la vanguardia (César Vallejo y Vicente Huidobro) ... También está Nicolás Guillén, también está Alejo Carpentier, también está Raúl González Tuñón, también está Carlos Pellicer...

JCR: Ningún otro acontecimiento ha reunido con tanto entusiasmo a los mejores escritores de su generación.

NB: Yo creo que no hay un hito semejante en la Historia de Occidente. Todos habían escrito contra el fascismo desde sus distintos países, pero se encontraron en España.

JCR: En el caso de Neruda es explícito cómo la guerra supone una metamorfosis para su poesía –como él mismo lo cuenta, por otra parte, en su célebre poema “Explico algunas cosas”–, pero, ¿supone una metamorfosis para otros poetas como Vallejo? ¿Podemos pensar que la Guerra Civil Española convierte la poesía de Vallejo en otra cosa o, más bien, Vallejo integra el tema de la guerra en su estética y lo asimila en su magma poético?

NB: Vallejo no traiciona su estética. Ahora bien, España lo obliga a cuestionarse a sí mismo. Ahí están esas dudas al comienzo de su libro, cuando escribe del voluntario, del “miliciano de huesos fidedignos” que está dispuesto a matar y morir en defensa de la República. Me parece curioso que antes de la guerra Vallejo decía que las acciones de un escritor revolucionario nunca tendrían un impacto inmediato en realidad; funcionarían, decía, como petardos que se hundían “en las entrañas profundas del pueblo” para estallar en algún momento indefinido del futuro. No obstante, cuando viene al Congreso de Escritores Antifascistas defiende que los escritores sí son capaces de transformar la realidad en el presente, porque son los responsables –dice– de lo que sucede en el mundo, y lo son porque tienen el “arma más formidable” de todos: la palabra. Soplaban en

ese Congreso muchas ráfagas de optimismo en cuanto al futuro de España y del mundo, y también en cuanto a la capacidad del intelectual para participar en esa transformación.

JCR: Por ahí anda también otro gran poeta al que no se cita tanto, Raúl González Tuñón, que sin embargo escribe en 1936 los poemas de *La rosa blindada* a partir de la revolución en Asturias de Octubre de 1934 y abre el camino de la poesía comprometida sobre España. Dicen que dijo Neruda que “Raúl fue el primero en blindar la rosa” y Paz lo llamó el Rubén Darío de la poesía social. ¿Hasta qué punto es verdad y cuánto debe la transformación de la poesía hispanoamericana al golpe de timón de Raúl González Tuñón?

NB: Algo hay de influencia, sin duda, pero gracias sobre todo –me parece– al contacto personal. Habría que recordar que Neruda se hizo amigo de González Tuñón cuando llegó a Buenos Aires como cónsul de Chile en 1933, y que poco tiempo después volvieron a encontrarse en Madrid. En esos años Neruda seguía, como él mismo decía, escribiendo sobre sueños, pero en la España de la República tuvo muy cerca a un par de intelectuales comunistas que estaban escribiendo una poesía muy politizada: Rafael Alberti y Raúl González Tuñón. Están junto con Lorca en ese poema que mencionaste antes, “Explico algunas cosas”. De esos tres grandes amigos, dos de ellos llevaban mucho tiempo blindando la rosa.

JCR: Neruda y Vallejo (y también en alguna medida Raúl González Tuñón) alcanzan con su poesía comprometida una calidad literaria indiscutible y la recogen en distintos poemarios. Pero no ocurre lo mismo con todos. ¿Qué sucede con otros grandes poetas cuando ponen a prueba su pluma? Pienso en Vicente Huidobro, que también viaja a España como supuesto corresponsal de guerra –aunque la realidad es que no manda demasiadas crónicas– y escribe

varios poemas sobre España. Incluso declara en una entrevista estar preparando un libro titulado SALUD, que no llega a publicar. Sin embargo, aunque lo intenta, para él resulta más complicado conciliar su creacionismo cósmico con la poesía terrenal y comprometida.

NB: Ahí está lo que escribe Huidobro después de su regreso de España a Chile. En su última época, y estoy pensando por ejemplo en textos como “El paso del retorno”, está cada vez más lejos de la estética creacionista. Son quizá sus poemas más humanos, poemas muy conmovedores que van acabando con la pirotecnia de antes. Yo creo que ese cambio que ensayó en España con la poesía política no le resultó y en el mismo momento de escribirla o quizás *a posteriori* se dio cuenta de sus limitaciones, de que había algo ahí que no funcionaba. Por eso decidió excluirla de sus últimos libros. Hay gente que lamenta que Neruda no hiciera una reflexión semejante, que no podara con tijeras su libro *España en el corazón*. Así habría sobrevivido mejor al paso del tiempo.

JCR: Algo que no ocurre con César Vallejo: sus poemas de *España, aparta de mí este cáliz* son universales y trascienden la circunstancia de la guerra.

NB: Sin duda. Pero el caso de Huidobro es interesante. Cuando González Tuñón se mete en líos con ese largo poema que publicó en su revista *Contra* en 1933 [“Las brigadas de choque”], y tuvo como secuela la persecución de la policía, nombra a tres grandes figuras de la poesía revolucionaria del momento en Occidente: Louis Aragon, John Dos Passos y Vicente Huidobro. Huidobro ya tenía prestigio político entonces.

JCR: En 1933, ¿Huidobro se había ya significado como poeta revolucionario?

NB: Como comunista.

JCR: Como comunista y como poeta experimental, pero su poesía no era tan comprometida...

NB: Pero recuerda ese primer canto de Altazor, donde Huidobro se dirige a los “millones de obreros” de las estepas rusas y les dice: “Venid venid os esperamos porque sois la esperanza / La única esperanza / La última esperanza”. Quizá con esos versos haya bastado. Y claro, a González Tuñón le habrá interesado que Huidobro fuera al mismo tiempo un poeta moderno, un poeta del presente, que aunara vanguardia estética y vanguardia política, dos vanguardias que se hermanaban en él de una manera muy distinta a la de Vallejo.

JCR: El crítico Alone dijo después con mala idea que “se hizo comunista cuando serlo escandalizaba; abandonó el partido cuando lo encontró viejo”.

NB: El pobre Huidobro regresó a Chile y Neruda era ya el rey de todo. Los vínculos de Neruda con el Partido Comunista hacían imposible que Huidobro siguiese ahí.

JCR: Estamos hablando mucho de poesía, pero, ¿qué ocurre con otros géneros? Es cierto que la novela requiere más tiempo, pero André Malraux escribe y publica *La esperanza* en 1937 y Hemingway, *Por quién doblan las campanas* en 1940; *La gran cruzada de Regler* se publica en inglés en 1940, si no me equivoco. ¿No hay una gran novela hispanoamericana sobre la guerra, publicada entonces? Citabas antes la de Demetrio Aguilera Malta, ¡Madrid! Reportaje novelado de una retaguardia heroica; conozco la del hispanocubano Manuel Millares Vázquez, *Hombres de paz en guerra*, de 1938, y *De una madre española*, de José Mancisidor, también de 1938. No hay muchas más...

NB: Hay novelas de urgencia olvidadas, pero sí, son pocas. Está *Resurrección*, del uruguayo Elías Castelnuovo, que como la novela de Aguilera Malta se publicó en los primeros meses de la guerra. Pero en Hispanoamérica, el novelista más célebre que escribe sobre la guerra civil, aunque sea un par de años después de su final, sería Juan Carlos Onetti con su novela *Para esta noche*, donde de manera oblicua y con mucha libertad reproduce esos terribles últimos días del conflicto en un puerto como Alicante, con los militantes y jerarcas de la izquierda intentando desesperadamente encontrar un barco para escapar. Y si hablamos aquí de la novela, lo cierto es que tampoco hay muchos cuentos hispanoamericanos sobre la guerra civil, a pesar de que uno podría pensar en el relato breve como un género más apto para la contingencia, precisamente por su brevedad.

JCR: Hay algunos cuentos, por ejemplo, en Cuba, como los de Lino Novás Calvo o Carlos Montenegro. Pero posiblemente es un género más propicio el del testimonio, y abundan las crónicas escritas por los testigos que han vivido la guerra: el chileno Luis Enrique Délano, el cubano Alejo Carpentier, el uruguayo Alberto Etchepare... entre otros autores menos conocidos que las investigaciones han ido exhumando, rescatando de ese sueño profundo de las hemerotecas. Acaso esto es así porque ante una realidad desmesurada no hay necesidad de recurrir a la ficción, o en todo caso no hay necesidad de novelar (pues también en las crónicas se cuele en algunos casos la ficción).

NB: Claro, y también en las crónicas que se escriben desde esa lejana retaguardia. Estoy pensando en un Roberto Arlt, que se toma las libertades de llevar la crónica hacia otros géneros. El siglo XX fue el siglo de los géneros no ficcionales, autobiográficos, los géneros del yo. Basta mirar a sus grandes conflictos (la Gran Guerra, la Guerra Civil Española, la Segunda

Guerra Mundial) para darte cuenta de que hay toda una serie de clásicos...

JCR: O el Holocausto, cuyo testimonio fue un género en sí mismo.

NB: Ahí está el diario de Ana Frank, por ejemplo, en los mismos años de la guerra. ¿Cómo abarcarlo todo, todo el horror, toda la complejidad ideológica, política y armamentística de esas nuevas guerras en una novela? Tolstoi pudo hacerlo en el siglo XIX, pero los conflictos del siglo XX eran otra cosa, y la literatura del siglo XX lo era también. Siempre me ha encantado algo que decía Raymond Williams de Orwell: el gran personaje de la obra de Orwell era, precisamente, George Orwell. Se refería al momento de escritura de *Homenaje a Cataluña*, no sé si diría lo mismo después de 1984; quizás sí. Como género, la novela se había prestado tradicionalmente a esos intentos de abarcar la totalidad. Yo supongo que a su manera Malraux y Hemingway todavía intentaban hacerlo. Hemingway enfocó la trama de su obra en una mínima zona de la sierra de Guadarrama y en sólo sesenta y ocho horas a finales de mayo de 1937, pero por medio de los *flashbacks* y las reflexiones de su protagonista quiso condensar en su novela toda la complejidad de la guerra. Es una novela escrita después de la derrota de la República, es decir, tenía cierta perspectiva para ver el conflicto como un todo, pero Malraux, aunque escribió *La esperanza* en plena guerra, también estaba intentando abarcar las distintas perspectivas que existía en la República. No menciona a los trotskistas, no menciona al POUM, pero tiene muchísimos personajes y a través de ellos va mostrando muchos de los grandes conflictos de los intelectuales, y sobre todo ese debate sobre la prioridad de la revolución o la victoria, la perspectiva del gobierno y el Partido Comunista por un lado y los anarquistas por otro. En *Homenaje a Cataluña*, Orwell hace algo completamente distinto. Todo

está narrado desde la voz de su personaje, de lo que ve con sus propios ojos, y lo que palpa como experiencia física de la guerra. Está diciéndonos: “Lo que os están contando es mentira. Puede que mi experiencia sea limitada, pero yo sé que esto que he visto y vivido es verdad; puede que no sea toda la verdad, pero es una verdad”. Estaba denunciando, claro, el complot propagandístico para anular al POUM y a los anarquistas, pero lo que decía entonces es lo mismo que años después, de una manera más compleja y si quieres con una intención más universal, iba a denunciar en *Rebelión en la granja y 1984*: la gran mentira del estalinismo.

JCR: Me gustaría volver al hito del Congreso de Escritores Antifascistas, del que hablábamos anteriormente, y de la presencia abrumadora en él de tantos escritores hispanoamericanos. Entre los debates de ese Congreso estaba el de los deberes del intelectual: ¿hasta dónde debe llegar el compromiso del escritor? Si tan firme partidario es de una causa u otra, ¿por qué no tomar las armas para defenderla? A algunos los señalaron por no hacerlo. Alone acusó a Neruda al reseñar España en el corazón por haberse vuelto de la guerra sin combatir, y Huidobro sintió a su regreso la necesidad de justificarse por no haber logrado ser comisario político de la República.

NB: Octavio Paz también cuenta, al igual que Huidobro, que intentó alistarse como comisario político, pero todos le decían que no, que serviría más a la Causa denunciando los bombardeos, celebrando el heroísmo de la República... Ahora bien, algo fascinante del Congreso es que había por lo menos una docena de escritores que sí estaban luchando, y, entre ellos, algunos grandes. Ahí estaba André Malraux, el gran novelista político de la época, que había formado la escuadrilla España...

JCR: Ahí estaba Gustav Regler.

NB: Y Ludwig Renn, que había escrito un par de importantes novelistas pacifistas sobre la Gran Guerra. Así que el argumento de que los escritores eran más útiles con la pluma que con el fusil se veía refutado en el ejemplo de los propios compañeros del Congreso. Por eso muchos escritores, no sólo Huidobro y Paz, se sentían culpables, impotentes, inútiles... Y esa mala conciencia no se limitaba al Congreso. Ahí estaba, también, en escritores de la lejana retaguardia, como el poeta ecuatoriano Jorge Reyes, que se lamentaba por los que, como él, no se habían atrevido a salir de Quito para luchar en España [“Durante estos dos años nos hemos sentido españoles en el corazón, nos hemos dolido de las tristezas del pueblo español y hemos deseado vivamente su triunfo. Pero todo esto ha sido sentimental, afectivo [...]. De todas las latitudes del mundo han salido voces de adhesión a España. Pero la tarea efectiva no se ha cumplido aún. Nadie ha querido hacer lo que debía”]; o como Carlos Mastronardi, que decía lo mismo desde Buenos Aires [“España, amiga mía ¿cómo quererte con palabras / cuando otros te quieren con la sangre?”].

JCR: Tenían un gran ejemplo entre los propios hispanoamericanos: el cubano Pablo de la Torriente Brau, que ha perdido la vida combatiendo en Majadahonda en diciembre del 36.

NB: Y pese a ello estaba a su modo en el Congreso, pues detrás del estrado de la sala del Ayuntamiento de Valencia, donde se inauguró el Congreso, estaban grabados los nombres de los mártires de la República, entre ellos el de Pablo de la Torriente. Además, Julio Álvarez del Vayo, en su discurso de inauguración, celebró con un gran alarde retórico el sacrificio de Torriente.

JCR: Y entre los mártires –hay que mencionarlo, aunque no combatiera–, está Federico García Lorca, cuyo asesinato es un estremecimiento en

América Latina, conmueve al continente de una manera también insospechada. Uno podría pensar que en España lloraron su desaparición, pero cuántos poemas y necrológicas y artículos de diverso tipo se escribieron en América a la muerte de Lorca, y no sólo en los países por donde el poeta había pasado cautivando a todo el mundo, sino en muchos otros en los que nunca había puesto un pie.

NB: Así es. Hubo una verdadera plaga de romances lorquianos, no sólo en Cuba, Argentina y Uruguay, donde abundaban los testimonios de dolor por su muerte, sino también en Chile, por ejemplo, aunque Lorca nunca cruzara la cordillera de los Andes. De hecho, dos de los grandes poetas del país, ambos muy jóvenes todavía, fueron afectados de manera muy palpable por su muerte. Nicanor Parra no habló de él explícitamente, pero su primer libro, *Cancionero sin nombre*, es en sí mismo una especie de homenaje a Lorca, con algo de guasa y con ese humor irreverente que después serían la marca de la antipoesía. Y luego está Gonzalo Rojas, con su “Romance del poeta muerto” [“Oh, la guirnalda gitana, / oh, la guitarra dormida / del joven poeta muerto / don Federico García”]. Es decir, las figuras más importantes después de la generación de Neruda, Huidobro y De Rokha hicieron de Lorca un punto de partida para su poesía, que después iría lógicamente por caminos muy distintos. Pero el impacto de la muerte de Lorca fue enorme en todos los países. En Costa Rica, en Ecuador, en Panamá. En todos.

JCR: A lo largo de quince o veinte años estudiando el tema del impacto de la Guerra Civil Española en Hispanoamérica, has rescatado cientos de autores, toda una literatura enterrada que has sacado a la luz. ¿Entre todos ellos, qué descubrimientos has hecho que atesores con especial cariño, ya sean personajes o textos particulares? Cuéntame dos o tres.

NB: Un primer descubrimiento ha sido el de tantos países. El proyecto nos ha obligado a viajar, a vivir largas estancias en los países hispanoamericanos y trabajar lentamente con los diarios y las revistas. Es una labor que no todo el mundo aguantaría pero que yo he encontrado apasionante: página tras página, de todos los días, y de todas las semanas y meses de casi tres años de guerra... Así entras en campos intelectuales que apenas conoces, como me pasó cuando fui al Ecuador y descubrí a tantos escritores que desconocía. Fue una experiencia particularmente fascinante, a nivel intelectual pero también humano. Pero pondré dos nombres sobre la mesa. Uno de ellos es el poeta argentino Juan L. Ortiz, cuyo primer libro importante, *El ángel inclinado*, habla de ese paisaje que es tan central en su poesía: el río Paraná, en la provincia de Entre Ríos; pero habla también de la Guerra Civil Española, y la armonía del paisaje y la armonía perdida en España se imbrican de una manera muy curiosa. El otro descubrimiento que destacaría es el cronista uruguayo Luis Alfredo Sciutto, que firmaba sus textos como “Wing”. Es un personaje inolvidable: ex futbolista de la selección uruguaya, periodista deportivo que estuvo en los Juegos Olímpicos de Berlín, escribiendo sus crónicas para el diario *El Pueblo* y contando sus anécdotas deportivas cada noche por radio. Tuvo tanto éxito que lo mandaron a España, donde acabó en una cárcel republicana; escribió crónicas y un libro fascinante: *Una aventura en España*. Podrían ser muchos más nombres, pero me quedo con esos dos.

JCR: Sé que también tienes un gran aprecio por el poema de Raúl González Tuñón “Domingo Ferreiro”.

NB: Un poema impresionante, que celebra, como toda la gran poesía, ese matrimonio perfecto entre el contenido y la forma, en este caso el endecasílabo de la gaita gallega. Habla de un gaitero fusilado por los franquistas y tiene en

su ritmo ese aire monótono y obsesivo, ese lamento celta de la gaita.

JCR: Por último, ¿qué es lo que queda por hacer en el campo de la Guerra Civil Española y la literatura hispanoamericana? ¿Has pensado en escribir una Historia de la literatura hispanoamericana de la guerra?

NB: En realidad, estamos haciendo entre todos en el proyecto de investigación una Historia en diecinueve volúmenes –quizá veinte, si se pudiera extender Hispanoamérica a Brasil–. Es un trabajo apasionante y extenuante. Ojalá se llegue a terminar. Después... me dedicaré a estudiar a los pájaros.

